

“Vernáculos y topónimos de Doñana.”¹

“Tristemente no sólo va desapareciendo de nuestro cada vez más degradado planeta Tierra la diversidad biológica, también la diversidad cultural, el patrimonio etnográfico y antropológico inmaterial, la cultura oral, está sucumbiendo silenciosa e invisiblemente a medida que a personas singulares, depositarias de un saber milenario, recibido y heredado de sus padres y abuelos, se los va llevando la muerte en inexorable ley de vida.

Y si bien Doñana es un rincón excepcionalmente valioso no sólo en lo ecológico, con una cultura propia producto de una indivisible fusión de naturaleza, historia, leyenda, magia, paisaje, fauna, flora, y personas, sedimentada durante siglos, convencido estoy de que hay otros diversos rincones de nuestra geografía, sean o no, obviamente, Parques Nacionales, que cuentan con una tradición oral, con un habla especial y dialectos que deberían ser recogidos y guardados para la posteridad, tal como son ya tradición incuestionable los museos pictóricos, de historia natural, arqueológicos, etnográficos, etc.

Ya lo expuso en su tiempo muy acertadamente Violant i Simorra, etnólogo pirenaico: *"Todos los pueblos de cultura avanzada estiman su pasado y procuran estudiar las canciones, los usos, los dialectos arcaicos, antes de que se pierdan..."*

La realidad es que la cultura oral tradicional, producto de un insondable proceso de evolución, proveniente de épocas en las que el hombre estaba inmerso, íntimamente interrelacionado con la Naturaleza, está desapareciendo a vertiginosa velocidad, a medida que la civilización industrial, sobre todo la postindustrial, ha ido irrumpiendo violentamente en todas nuestras vidas, de la mano de un progreso en significativa parte consumista y materialista que está arrasando y homogeneizando todas las muy diversas culturas del planeta, a través de múltiples factores negativos con demoledores efectos para las poblaciones tradicionales. Más no deseo que se concluya que es mi meta frenar todo el progreso, o forzar a determinados pobladores de las marismas y los cotos a permanecer indefinidamente en el atraso. Creo que hubiese bastado sensibilidad, cultura, saber valorizar un patrimonio único.

Sirva de ejemplo el radical cambio sufrido por el Rocío, a las puertas, y parte, de Doñana, con todo lo que ello ha conllevado en transformación de tradición y cultura. Abel Chapman y Walter J. Buck, naturalistas y cazadores, nos dejaron estas líneas escritas a finales del siglo XIX: *"El Rocío no es más que una pequeña aldea -dos veintenas de*

¹ Revista *Ambienta*, abril del 2003, pp. 17-21.

humildes chozas- aunque anoche la ocuparon 6.000 personas, durmiendo las mujeres dentro de las carretas de bueyes entoldadas con lona, y los hombres en promiscuidad en el terreno colindante".

Como ya dejé constancia escrita, y expreso reconocimiento, en mi obra *Vernáculos y Acordanzas de Doñana*, fueron unos guardas, hombres singulares, amantes de la marisma y el Coto de Doñana, como José Rodríguez "Clarita", Antonio "El Maestro", José Boixo y Francisco Llanos, los que me iniciaron en el cautivante y, sin embargo, ignorado cuando no despreciado, conocimiento de los vernáculos y topónimos de una Doñana que empezaba a amanecer para mis ojos y mente.

Posteriormente serían otras diversas personas las que me irían aportando nuevos conocimientos en el apasionante mundo de la lingüística y la semántica milenaria de Doñana.

Afortunadamente, desde mis iniciales visitas al Coto y las marismas a principios de los años 70, fui anotando en mis cuadernos de campo los nombres, para mí extraños, que iba escuchando, lo que años después, concretamente en 1998, me permitiría acometer una primera recopilación sistemática y dar forma al primer diccionario del habla tradicional de Doñana, sus vernáculos, publicado por el Ministerio de Medio Ambiente.

No podré olvidar septiembre de 1984, cuando Javier Castroviejo, entonces director de la Estación Biológica de Doñana, organizó "una expedición" al corazón de Doñana a visitar una colonia de flamencos que habían criado en un remoto lugar. Nos acompañaban Pepe "Clarita" y Antonio "El Maestro". A mi pregunta de hacia dónde nos dirigíamos, la respuesta fue que primero al *caño* Travieso y después al *Pacil de las Baquiruelas*. En esa privilegiada jornada, además de aprender ecología, geografía, sociología y otras ciencias, aprendí nuevos topónimos y vernáculos. En la marisma se les denomina *caños* a los cauces muy amplios con funcionalidad estacional y *pacil* a las elevaciones del terreno que siendo más bajas que las *vetas* son, sin embargo, más extensas que estas. Finalmente, se les llama *baquiruelas* a las avocetas (*Recurvirostra avosetta*).

En otra ocasión, un día de octubre de 1987, cuando me dirigía en coche hacia la casa de Pepe "Clarita", levantada en el límite del *lucio* de Mari López —así se les llama a las depresiones de la llanura marismeña donde el agua se mantiene más tiempo cuando la marisma se seca—, al norte de las marismas de Doñana, Francisco Llanos, guarda que me acompañaba, dijo con la mayor naturalidad:

—Hoy hay *aumento* en la marisma.

Tras preguntarle conocí un nuevo vernáculo. A los espejismos de la marisma se les conoce por *aumento*, bello y expresivo vocablo. Ya en casa de "Clarita" nuevas palabras surgirían. Él fue uno de mis constantes

maestros en lo relativo a la fauna marismeña. De él aprendí que a la focha común (*Fúlíca atra*) le llamaban *gallareta*, a la focha cornuda (*Fúlíca cristata*) *gallareta crestalluda*, a la espátula (*Platalea leucorodia*) *palitroque*, al archibebe común (*Tringa totanus*) *chibebe*, y a la canastera (*Glareola pratíncola*) *cagazo*, por citar sólo algunos de los vernáculos más comunes.

Paradójicamente fueron estos guardas los que despertaron mi inquietud intelectual por la filología, la lingüística, la geonomástica, los vernáculos y los topónimos, lo que me ha conducido, en incesante y detectivesca búsqueda, a la caza de estos bellos y tradicionales nombres, algunos olvidados, muchos en desuso, otros afortunadamente aún en uso por los últimos y escasos pobladores, tan amenazados de extinción como el lince o la imperial. Para ello he hablado personalmente, y lo sigo haciendo cada vez que mi absorbente profesión me deja algún día libre, con guardas, pastores, vaqueros, ganaderos, riacheros, choceros, colmeneros, carboneros, furtivos... Mas es una carrera contra reloj. En los últimos meses han fallecido Antonio Chico que fue guarda mayor de la finca El Puntal, Antonio Rodríguez "Clarita", Isidro Vargas y José Espinar, guardas todos ellos del Parque Nacional y, días pasados, Alfonso Ruiz, uno de los últimos pobladores de las chozas o *ranchos* de Doñana. Es por ello que deseo dedicar estas líneas a la memoria de estos hombres que me honraron con su hospitalidad y amistad y me transmitieron parte de su valiosa sabiduría natural, por lo que mi agradecimiento será permanente, al igual que el recuerdo de ellos y de sus familias.

En mis múltiples desplazamientos, con paciencia, más siempre disfrutando, pude constatar que algunos vernáculos eran de uso generalizado en todo el ámbito de Doñana, más otros eran localistas. También me atrajo, y es cuestión ésta en la que estoy actualmente inmerso, el origen de los vernáculos, procediendo algunos de nombres latinos, otros medievales y una mayoría basados en evocaciones onomatopéyicas, ya fuesen cantos, gritos o sonidos varios, o aspectos morfológicos, descriptivos, costumbristas, conductistas, diacrónicos, etc.

Así, y a título de ejemplos, encontramos el medieval zumaya para el chotacabras pardo (*Caprimulgus ruficollis*), el onomatopéyico *pipitita colleja* para la lavandera blanca (*Motacilla alba*), el morfológico *paleta* para el pato cuchara (*Anas clypeata*), el conductista *miracielo* para el avetorillo común (*Ixobrychus minutas*), el costumbrista *mataperros* para la polluela chica (*Porzana pusilla*), o el irónico *tumbacarretas* para el diminuto buitrón (*Cisticola juncidis*).

La riqueza vernacular es tal que al citado buitrón (*Cisticola juncidis*) se le conoce por diferentes nombres como *buitrecillo*, *cienlibras*, *tumbabarco*, *pajarillo de junco* o el ya conocido *tumbacarretas*.

Curiosamente, desde siglos pasados, hombres de gran inquietud y nivel cultural, que nos han legado imprescindibles y valiosas obras, ya conocían la riqueza y variedad de topónimos y vernáculos de nuestra geografía española, inclusive de la entonces remota y peligrosa Doñana. Así Madoz, en su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Andalucía*, cuya primera edición vio la luz en 1845, nos dice que *"la marisma está poblada de aves extraordinarias, muchas de ellas no conocidas ni aún por sus nombres"*. Y más concretamente Ponz, en su libro de obligada lectura *Viage de España (en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella)*, editada en 1786, nos expresa que *"Las aves, como también los peces, tienen nombres muy diversos aún en un mismo Reyno, y sin ser de diversa clase, según ha querido el vulgo de los pescadores y de los aficionados a la caza"*.

En el palacio de los Condes de Niebla, ubicado en la histórica Sanlúcar de Barrameda, en su valiosísimo archivo, para mí uno de los más importantes de Europa, entre sus cientos de miles de legajos, afortunada y celosamente vigilados por la Duquesa de Medina Sidonia, con la eficaz colaboración de la historiadora Liliam Dhalman, y que en frase de la duquesa, con la que coincido, el día que haya sido investigado a fondo una gran parte de la historia de España tendrá que ser reescrita, encontramos un documento fechado el 23 de agosto de 1774, titulado *El estado y relación de los árboles, arbolitos, yerbas, animales y pájaros que hayan en el bosque y coto de Doña Ana, propio del Excmo. Sr. Duque de Medina Sidonia*", cuya lectura nos descubrirá palabras aún en uso entre los guardas y otros habitantes de Doñana y, además, nos permitirá conocer la fauna que antaño poblaba estas entonces vírgenes y salvajes tierras. En el apartado animales terrestres se enumeran: *"Benado, cierba, lobo, zorras, jabalí, conejo, liebre, gato montés, gato cerbal, gato clavo, turones, meloncio o huro..."*

Y qué decir de los topónimos, olvidados cuando no alterados, cuya sola enumeración nos pueden describir el pasado y la historia de un lugar. En Doñana, entre los cientos de ellos que podríamos relacionar, encontramos muchos con el vernáculo *zacayón*, entre otros *Zacayón de las Encinillas* y *Zacallón del Zahillo*. Esta palabra de origen árabe era utilizada para las zonas ahondadas artificialmente, hasta llegar al nivel freático, generalmente para obtener agua para el ganado. De nuevo en el palacio sanluqueño, hoy asediado por amenazas varias, entre otras un vulgar y agresor urbanismo moderno, en otro legajo del archivo de Medina Sidonia, del año 1583, aparece documentada esta palabra: *"...de ganado el comer y pastar y abrevar en el dicho caño y madre de la Rocina... y hacer sus posos y asacayones y los demás aprovechamientos"*.

En una reciente travesía a pie por la centenaria vía pecuaria que desde el sureste y en diagonal atraviesa Doñana hasta su noroeste, acompañado de viejos guardas, he podido apreciar la inabarcable riqueza de topónimos que se van diluyendo en un injustificable olvido. En una de las inolvidables jornadas, en compañía de José Boixo, guarda mayor de la Reserva Biológica, hoy jubilado y los guardas Joselito Chico y Muriel, que aunque jóvenes han bebido en la sabiduría de sus antecesores, sólo en un rincón de Doñana me enumeraron los lugares que desde lo alto de una dunita se divisaban a nuestro alrededor: Laguna Rincón de Guerrero, Corral Quemado, Tendíos de Santa Olalla, Corral de la Víbora, Corralillo de Diego, Corral de la Mirilla, Corral de la Aulaga, Corral Largo y Nave de Matalascañas. Fue una más de las decenas de clases que me impartieron, mezcla de historia, geografía, biología y toponimia.

La Convención para la protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural, en vigor desde 1975, ha sido el primer instrumento jurídico aprobado con el objetivo que cada uno de los Estados Partes de la Convención contraigan *"la obligación de identificar, proteger, conservar, rehabilitar y transmitir a las generaciones futuras el patrimonio cultural y natural situado en su territorio..."*

No hace mucho Naciones Unidas, a través de la UNESCO, hacía pública su preocupación por el elevado número de dialectos que se están perdiendo irremisiblemente cada año en nuestro planeta. Quizás sea llegada la hora de promover un texto jurídico que a nivel nacional proteja definitivamente nuestro patrimonio cultural inmaterial, al igual que ya contamos desde hace décadas con una Ley para el Patrimonio Histórico-Artístico.

Y necesario es adoptar, aún de forma modesta, medidas para proteger la diversidad cultural todavía existente en nuestros excepcionales y valiosos Parques Nacionales, auténticas catedrales de la Naturaleza.

Recordemos la frase de nuestro insigne escritor, Miguel Delibes: *"Al hombre, ciertamente, se le arrebatara la pureza del aire y del agua, pero también se le amputa el lenguaje, y el paisaje en el que transcurre su vida, lleno de referencias personales y de su comunidad, es convertido en un paisaje impersonalizado e insignificante"*.

PARQUES NACIONALES

Separata de la Revista Ambiente - Abril 2003



254

Parque Nacional de **El Teide**

PARQUES NACIONALES

Vernáculos y topónimos de Doñana

Texto y fotos:
Jesús Vozmediano y Gómez-Feu

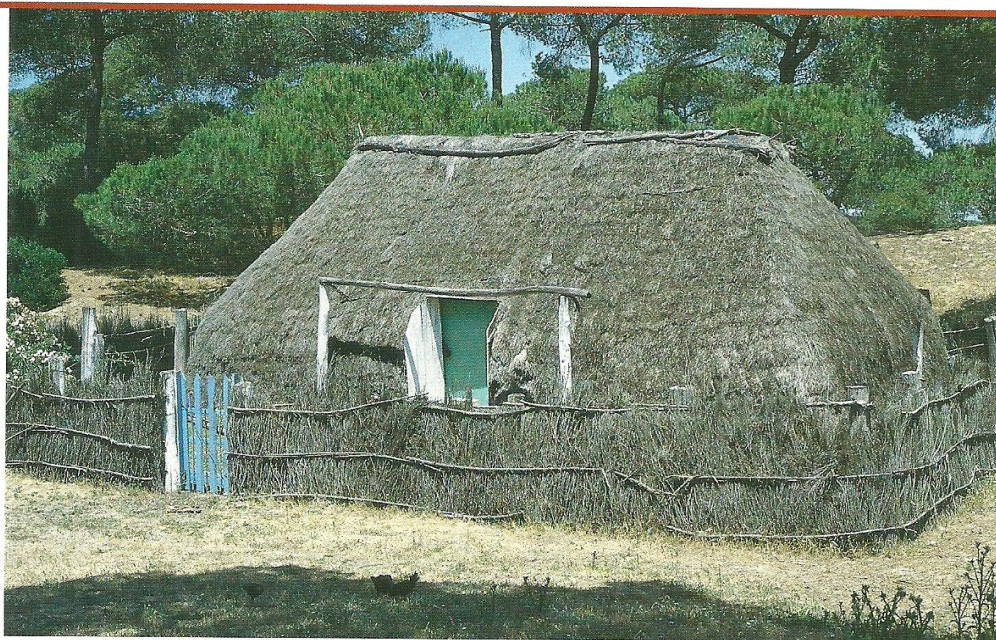
Tristemente no sólo va desapareciendo de nuestro cada vez más degradado planeta Tierra la diversidad biológica, también la diversidad cultural, el patrimonio etnográfico y antropológico inmaterial, la cultura oral, está sucumbiendo silenciosa e invisiblemente a medida que a personas singulares, depositarias de un saber milenario, recibido y heredado de sus padres y abuelos, se los va llevando la muerte en inexorable ley de vida.

Y si bien Doñana es un rincón excepcionalmente valioso no sólo en lo ecológico, con una cultura propia producto de una indivisible fusión de naturaleza, historia, leyenda, magia, paisaje, fauna, flora, y personas, sedimentada durante siglos, convencido estoy de que hay otros diversos rincones de nuestra geografía, sean o no, obviamente, Parques Nacionales, que cuentan con una tradición oral, con un habla especial y dialectos que deberían ser recogidos y guardados para la posteridad, tal como son ya tradición incuestionable los museos pictóricos, de historia natural, arqueológicos, etnográficos, etc.

Ya lo expuso en su tiempo muy acertadamente Violant i Simorra, etnólogo pirenaico: *"Todos los pueblos de cultura avanzada estiman su pasado y procuran estudiar las canciones, los usos, los dialectos arcaicos, antes de que se pierdan..."*

La realidad es que la cultura oral tradicional, producto de un insondable proceso de evolución, proveniente de épocas en las que el hombre estaba inmerso, íntimamente interrelacionado con la Naturaleza, está desapareciendo a vertiginosa velocidad, a medida que la civilización industrial, sobre todo la postindustrial, ha ido irrumpiendo violentamente en todas nuestras vidas, de la mano de un progreso en significativa parte consumista y materialista que está arrasando y homogeneizando todas las muy diversas culturas del planeta, a través de múltiples factores negativos con demoledores efectos para las poblaciones tradicionales. Más no deseo que se concluya que es mi meta frenar todo el progreso, o forzar a determinados pobladores de

Rancho o choza tradicional.



PARQUES NACIONALES



Garza morisca
(*Garza imperial. Ardea*
purpurea).

las marismas y los cotos a permanecer indefinidamente en el atraso. Creo que hubiese bastado sensibilidad, cultura, saber valorizar un patrimonio único.

Sirva de ejemplo el radical cambio sufrido por el Rocío, a las puertas, y parte, de Doñana, con todo lo que ello ha conllevado en transformación de tradición y cultura. Abel Chapman y Walter J. Buck, naturalistas y cazadores, nos dejaron estas líneas escritas a finales del siglo XIX : "*El Rocío no es mas que una pequeña aldea -dos veintenas de humildes chozas- aunque anoche la ocuparon 6.000 personas,*

durmiendo las mujeres dentro de las carretas de bueyes entoldadas con lona, y los hombres en promiscuidad en el terreno colindante".

Como ya dejé constancia escrita, y expreso reconocimiento, en mi obra *Vernáculos y Acordanzas de Doñana*, fueron unos guardas, hombres singulares, amantes de la marisma y el Coto de Doñana, como José Rodríguez "Clarita", Antonio "El Maestro", José Boixo y Francisco Llanos, los que me iniciaron en el cautivante y, sin embargo, ignorado cuando no despreciado, conocimiento de los vernáculos y topónimos de una Doñana que empezaba a amanecer para mis ojos y mente.

Posteriormente serían otras diversas personas las que me irían aportando nuevos conocimientos en el apasionante mundo de la lingüística y la semántica milenaria de Doñana.

Afortunadamente, desde mis iniciales visitas al Coto y las marismas a principios de los años 70, fui anotando en mis cuadernos de campo los nombres, para mí extraños, que iba escuchando, lo que años después, concretamente en 1998, me permitiría acometer una primera recopilación sistemática y dar forma al primer diccionario del habla tradicional de Doñana, sus vernáculos, publicado por el Ministerio de Medio Ambiente.

No podré olvidar septiembre de 1984, cuando Javier Castroviejo, entonces director de la Estación Biológica de Doñana, organizó "una expedición" al corazón de Doñana a visitar una colonia de flamencos que habían criado en un remoto lugar. Nos acompañaban Pepe "Clarita" y Antonio "El Maestro". A mi pregunta de hacia donde nos dirigiáramos, la respuesta fue que primero al *caño* Travieso y después al *Pacil de las Baquiruelas*. En esa privilegiada jornada, además de aprender ecología, geografía, sociología y otras ciencias, aprendí nuevos topónimos y vernáculos. En la marisma se les denomina *caños* a los cauces muy amplios con funcionalidad estacional y *pacil* a las elevaciones del terreno que siendo mas bajas que las *vetas* son, sin embargo, mas extensas que estas. Finalmente, se les llama *baquiruelas* a las avocetas (*Recurvirostra avosetta*).

En otra ocasión, un día de octubre de 1987, cuando me dirigía en coche hacia la casa de Pepe "Clarita", levantada en el límite del *lucio* de Mari López -así se les llama a las depresiones de la llanura marismeña donde el agua se mantiene mas tiempo cuando la marisma se seca-, al norte de las marismas de Doñana, Francisco Llanos, guarda que me acompañaba, dijo con la mayor naturalidad:

PARQUES NACIONALES



– Hoy hay *aumento* en la marisma.

Tras preguntarle conocí un nuevo vernáculo. A los espejismos de la marisma se les conoce por *aumento*, bello y expresivo vocablo. Ya en casa de "Clarita" nuevas palabras surgirían. Él fue uno de mis constantes maestros en lo relativo a la fauna marismeña. De él aprendí que a la focha común (*Fulica atra*) le llamaban *gallareta*, a la focha cornuda (*Fulica cristata*) *gallareta crestalluda*, a la espátula (*Platalea leucorodia*) *palitroque*, al archibebe común (*Tringa totanus*) *chibebe*, y a la canastera (*Glareola pratincola*) *cagazo*, por citar sólo algunos de los vernáculos mas comunes.

Paradójicamente fueron estos guardas los que despertaron mi inquietud intelectual por la filología, la lingüística, la geonomástica, los vernáculos y los topónimos, lo que me ha conducido, en incesante y detectivesca búsqueda, a la caza de estos bellos y tradicionales nombres, algunos olvidados, muchos en desuso, otros afortunadamente aún en uso por los últimos y escasos pobladores, tan amenazados de extinción como el lince o la imperial. Para ello he hablado personalmente, y lo sigo haciendo cada vez que mi absorbente profesión me deja algún día libre, con guardas, pastores, vaqueros, ganaderos, riacheros, choceros, colmene-

ros, carboneros, furtivos... Mas es una carrera contra reloj. En los últimos meses han fallecido Antonio Chico que fue guarda mayor de la finca El Puntal, Antonio Rodríguez "Clarita", Isidro Vargas y José Espinar, guardas todos ellos del Parque Nacional y, días pasados, Alfonso Ruiz, uno de los últimos pobladores de las chozas o *ranchos* de Doñana. Es por ello que deseo dedicar estas líneas a la memoria de estos hombres que me honraron con su hospitalidad y amistad y me transmitieron parte de su valiosa sabiduría natural, por lo que mi agradecimiento será permanente, al igual que el recuerdo de ellos y de sus familias.

En mis múltiples desplazamientos, con paciencia, mas siempre disfrutando, pude constatar que algunos vernáculos eran de uso generalizado en todo el ámbito de Doñana, mas otros eran localistas. También me atrajo, y es cuestión ésta en la que estoy actualmente inmerso, el origen de los vernáculos, procediendo algunos de nombres latinos, otros medievales y una mayoría basados en evocaciones onomatopéyicas, ya fuesen cantos, gritos o sonidos varios, o aspectos morfológicos, descriptivos, costumbristas, conductistas, diacrónicos, etc.

Así, y a título de ejemplos, encontramos el medieval *zumaya* para el *chotacabras* pardo

Ojo en la marisma de Doñana.

PARQUES NACIONALES

(*Caprimulgus ruficollis*), el onomatopéyico *pipitita colleja* para la lavandera blanca (*Motacilla alba*), el morfológico *paleto* para el pato cuchara (*Anas clypeata*), el conductista *miracielo* para el avetorillo común (*Ixobrychus minutus*), el costumbrista *mataperros* para la polluela chica (*Porzana pusilla*), o el irónico *tumbacarretas* para el diminuto buitrón (*Cisticola juncidis*).

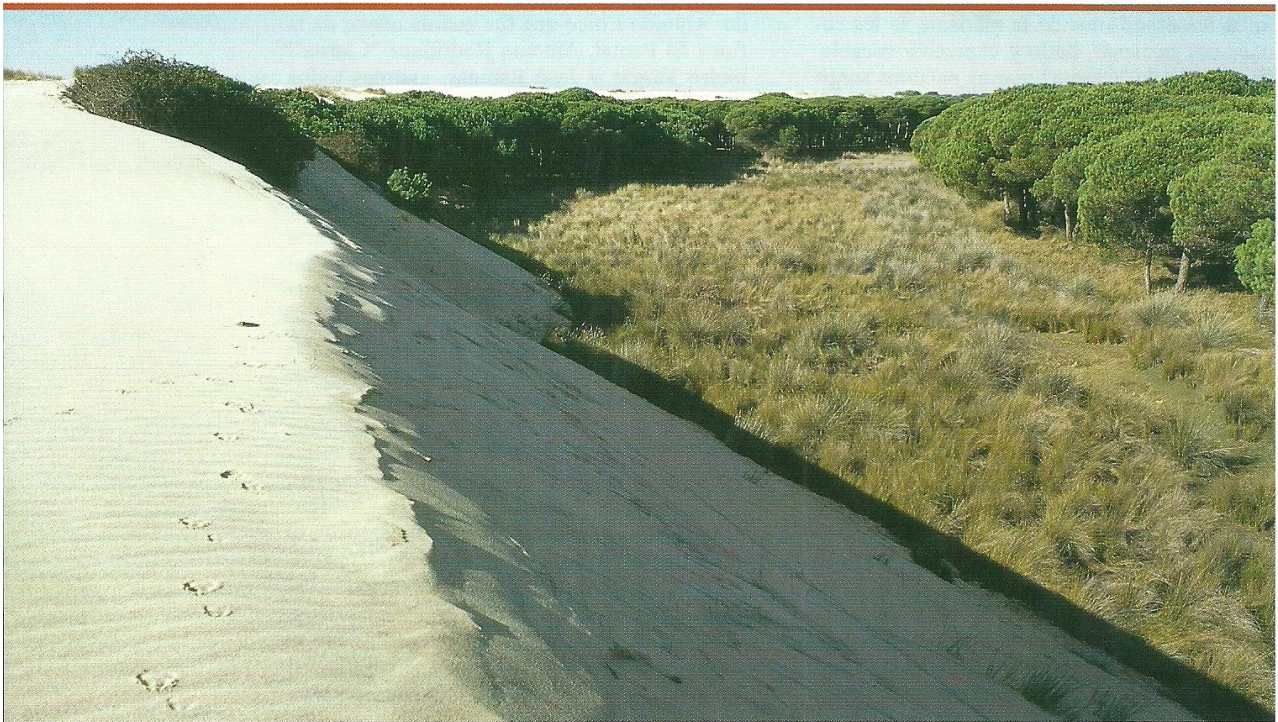
La riqueza vernacular es tal que al citado buitrón (*Cisticola juncidis*) se le conoce por diferentes nombres como *buitrecillo*, *cienlibras*, *tumbabarro*, *pajarillo de junco* o el ya conocido *tumbacarretas*.

Curiosamente, desde siglos pasados, hombres de gran inquietud y nivel cultural, que nos han legado imprescindibles y valiosas obras, ya conocían la riqueza y variedad de topónimos y vernáculos de nuestra geografía española, inclusive de la entonces remota y peligrosa Doñana. Así Madoz, en su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Andalucía*, cuya primera edición vio la luz en 1845, nos dice que "*la marisma está poblada de aves extraordinarias, muchas de ellas no conocidas ni aún por sus nombres*". Y más concretamente Ponz, en su libro de obligada lectura *Viage de España (en que se da noticia de las cosas mas apreciables y dignas de saberse que hay en ella)*, editado en 1786, nos

expresa que "*Las aves, como también los peces, tienen nombres muy diversos aún en un mismo Reyno, y sin ser de diversa clase, según ha querido el vulgo de los pescadores y de los aficionados a la caza*".

En el palacio de los Condes de Niebla, ubicado en la histórica Sanlúcar de Barrameda, en su valiosísimo archivo, para mí uno de los más importantes de Europa, entre sus cientos de miles de legajos, afortunada y celosamente vigilados por la Duquesa de Medina Sidonia, con la eficaz colaboración de la historiadora Liliam Dhalman, y que en frase de la duquesa, con la que coincidí, el día que haya sido investigado a fondo una gran parte de la historia de España tendrá que ser reescrita, encontramos un documento fechado el 23 de agosto de 1774, titulado *El estado y relación de los árboles, arbolitos, yerbas, animales y pájaros que hayan en el bosque y coto de Doña Ana, propio del Excmo. Sr. Duque de Medina Sidonia*", cuya lectura nos descubrirá palabras aún en uso entre los guardas y otros habitantes de Doñana y, además, nos permitirá conocer la fauna que antaño poblaba estas entonces vírgenes y salvajes tierras. En el apartado animales terrestres se enumeran: "*Benado, cierba, lobo, zorras, jabalí, conejo, liebre, gato montés, gato cerbal, gato clavo, turones, meloncio o huro...*"

Corral de la Víbora.
Doñana.



PARQUES NACIONALES



El autor con
el guarda
Pepe Clarita.

Y qué decir de los topónimos, olvidados cuando no alterados, cuya sola enumeración nos pueden describir el pasado y la historia de un lugar. En Doñana, entre los cientos de ellos que podríamos relacionar, encontramos muchos con el vernáculo *zacayón*, entre otros *Zacayón de las Encinillas* y *Zacallón del Zahillo*. Esta palabra de origen árabe era utilizada para las zonas ahondadas artificialmente, hasta llegar al nivel freático, generalmente para obtener agua para el ganado. De nuevo en el palacio sanluqueño, hoy asediado por amenazas varias, entre otras un vulgar y agresor urbanismo moderno, en otro legajo del archivo de Medina Sidonia, del año 1583, aparece documentada esta palabra: "...de ganado el comer y pastar y abreviar en el dicho caño y madre de la Rocina... y hacer sus posos y asacayones y los demás aprovechamientos".

En una reciente travesía a pie por la centenaria vía pecuaria que desde el sureste y en diagonal atraviesa Doñana hasta su noroeste, acompañado de viejos guardas, he podido apreciar la inabarcable riqueza de topónimos que se van diluyendo en un injustificable olvido. En una de las inolvidables jornadas, en compañía de José Boixo, guarda mayor de la Reserva Biológica, hoy jubilado y los guardas Joselito Chico y Muriel, que aunque jóvenes han bebido en la sabiduría de sus antecesores, sólo en un rincón de Doñana me enumeraron los lugares que desde lo alto de una dunita se divisaban a nuestro alrededor: Laguna Rincón de Guerrero, Corral Quemado, Tendíos de Santa Olalla, Corral de la Víbora, Corralillo de Diego, Corral de la Mirilla, Corral de la Aula-

ga, Corral Largo y Nave de Matalascañas. Fue una más de las decenas de clases que me impartieron, mezcla de historia, geografía, biología y toponimia.

La Convención para la protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural, en vigor desde 1975, ha sido el primer instrumento jurídico aprobado con el objetivo que cada uno de los Estados Partes de la Convención contraigan *"la obligación de identificar, proteger, conservar, rehabilitar y transmitir a las generaciones futuras el patrimonio cultural y natural situado en su territorio..."* No hace mucho Naciones Unidas, a través de la UNESCO, hacía pública su preocupación por el elevado número de dialectos que se están perdiendo irremisiblemente cada año en nuestro planeta. Quizás sea llegada la hora de promover un texto jurídico que a nivel nacional proteja definitivamente nuestro patrimonio cultural inmaterial, al igual que ya contamos desde hace décadas con una Ley para el Patrimonio Histórico-Artístico.

Y necesario es adoptar, aún de forma modesta, medidas para proteger la diversidad cultural todavía existente en nuestros excepcionales y valiosos Parques Nacionales, auténticas catedrales de la Naturaleza.

Recordemos la frase de nuestro insigne escritor, Miguel Delibes: *"Al hombre, ciertamente, se le arrebató la pureza del aire y del agua, pero también se le amputa el lenguaje, y el paisaje en el que transcurre su vida, lleno de referencias personales y de su comunidad, es convertido en un paisaje impersonalizado e insignificante"*. 

